

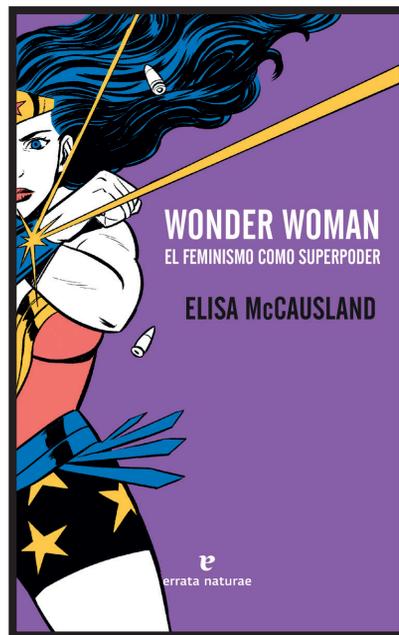
---

# Wonder Woman. El feminismo como superpoder

ELISA McCAUSLAND

Errata naturae, 2017

Quienes piensan que se está produciendo un giro cultural con respecto a las mujeres en el espacio simbólico de la cultura popular, tendrán en este ensayo, y en el acontecimiento mismo de la película protagonizada por Wonder Woman (dirigida por Patty Jenkins y estrenada este mismo año, después de la edición de este libro), un argumento de peso para reafirmarse. Lo que pasa es que la longevidad de Diana de Themyscira en el panteón de las superheroicidades —setenta y cinco años cumplió en 2016— es tal que emocionarnos en extremo por esta explosión de protagonismo sería engañarnos un poquito. Queda un pesado trecho en el reencuentro con el feminismo perdido, abandonado en la senda patriarcal de la vida por parte de cada una de nosotras, si adoptamos la idea aquella de Simone de Beauvoir citada por Trina Robbins, a la que la autora que comentamos entrevista como pionera del *comix underground* firmemente comprometida con la *herstory*; la historia invisibilizada, cuando no usurpada, que ha cortado el paso a las creadoras femeninas a fuerza de no incluirlas en el relato cultural oficial. En este sentido, el intrincado recorrido de la superheroína por excelencia sirve, igualmente, para revelar parte de esta *herstory* —con las mujeres que tuvieron implicación en su creación, empezando por Elizabeth Holloway y Olivia Byrne, vinculadas al clan del ideólogo de la amazona, William Moulton Marston—, por un lado; pero también para transitar el complicado desarrollo e implementación de la agenda feminista, marcada por los acontecimientos históricos de un siglo xx, y de lo poco que llevamos del xxi, tan necesitada de iconos del calibre de este personaje de DC Comics.



La periodista, crítica e investigadora Elisa McCausland (Madrid, 1983) utiliza su doble especialización —en cultura popular y feminismo, así como en el arquetipo de la superheroína—, para realizar un ensayo con toda la profundidad que Wonder Woman venía reclamando desde sus orígenes. Ya fuera por sus antecedentes míticos, que irían modificándose y jugando con diferentes combinaciones en sus sucesivos renacimientos, como por su potencial simbólico, cuando el feminismo liberal lanzó su desiderátum en la legendaria portada de la revista *Ms.*, fundada por Gloria Steinem y Dorothy Pittman Hughes en 1972, lo cierto

---

es que Diana ha terminado siendo «un significante con multitud de significados... Un icono que vive con sus contradicciones, pues, dependiendo de quien lo porte, dependiendo de quien lo amplíe, sus sentidos varían», escribe la autora. Que como producto cultural haya habitado el ámbito *mainstream* de la cultura pop ha amplificado, sin duda, los lugares de expresión para un personaje polisémico. No extraña, pues, que aquella sabiduría y belleza, rapidez y fortaleza soñadas por su creador, Marston, bajo la inspiración de Atenea, Afrodita, Hermes y Hércules, hayan servido en los últimos años para dotar al personaje de cierta vena *queer*. Cosas del *zeitgeist*, entendemos.

Si la apuesta era el feminismo como superpoder, este aparece encarnado en múltiples manifestaciones: desde la utopía amazónica planteada por Marston, como guionista, y Harry G. Peter, como dibujante, a las conexiones con el sufragismo de principios del siglo xx, que McCausland recupera en su charla con Jill Lepore, historiadora de la Universidad de Harvard. No será la única entrevista que la investigadora inserta a lo largo del libro como textos autónomos: ahí están los encuentros con Joanne Edgar (una de las editoras de *Ms.*) y la citada Trina Robbins, ambas en una primera parte de la obra donde nos internamos en el punto de partida de *Wonder Woman*, precedida por esas Nuevas Mujeres, entre las que estuvo Margaret Sanger, campeona en la lucha por la planificación familiar, no exenta de controversia, a la que Peter Bagge dedicó un cómic, *La mujer rebelde: la historia de Margaret Sanger* (La Cúpula, 2013).

McCausland no olvida, en cambio, la historia paralela de la historieta en sí, en la que personajes como Robert Kanigher, períodos como la Edad de Plata y sucesos determinados como el Comics Code —que ocupan todo un capítulo tercero— influirán en la regresión que sufrirá la Mujer Maravilla, ya en la década de los cincuenta, compartiendo destino con sus hermanas humanas reales, confinadas al ámbito doméstico una vez que ellos, los muchachos, hubieron vuelto de la Segunda Guerra Mundial. Con apuntes tan interesantes como la *culture of dissent*, de la que el célebre ensayo de Betty Friedan es una de sus muestras. O la cruzada iniciada por uno de los personajes clave en la historiografía de los fanzines, Fredric Wertham, que con su obra *La seducción de los inocentes* (1954) desató un código de autocensura (Comics Code Authority) del que no se salvó la amazona. En este sentido, la autora lanza una crítica sobre la autolimitación de lo que comúnmente se considera buen gusto, asumiendo su contrario como «acto político» que debemos considerar en complicidad con lo *camp*. Por no hablar de la imaginería *bondage* —esos brazaletes— que, en opinión de la experta, constituyen una metáfora de las relaciones de dominación y sumisión existentes, más todavía en el orden patriarcal vigente.

Las divergencias en el feminismo estadounidense entre liberales y radicales, como Steinem, Shulamith Firestone o la recientemente fallecida Kate Millett, convertirán esta ficción de cómic en una especie de «metralla» elitista, acusada de ocupar el espacio de las mujeres comunes, carentes de superpoderes y capaces de heroicidades diarias en un mundo que las ignora. Y sigue ignorando, por cierto. Por otro lado, McCausland no deja de hacer ver la enorme carga del estereotipo que supuso para el personaje en sus modos de representación, en especial en una época abundante en superheroínas como la Edad de Bronce; Robbins se

---

encarga de recalcar, por otro lado, en su entrevista, la inigualable presencia de féminas con superpoderes, así como de escritoras y artistas, de la lejana Edad de Oro del Cómic.

El capítulo dedicado a las mutaciones de Wonder Woman arranca con esa era que vino a clausurar el *comic book* clásico para dar lugar a una etapa con argumentos más adultos. La pérdida de superpoderes y la mortalidad devalúan de alguna manera a Diana. La cronología a través de las distintas manos y planteamientos por los que va pasando la superheroína se entremezclan con ideas como la lanzada por Donna Haraway en su célebre manifiesto, cuando decía preferir ser un cibernético a una diosa. No es baladí, puesto que «en la aspiración al *hackeo* de lo que entendemos por diosa reside la aventura feminista», puntualiza la autora, en lo que quizá sea un deseo de derribar la trampa de la mujer excepcional. Una sucesión de artistas irá dando forma a las aventuras de la amazona en la segunda etapa histórica de la serie, donde la entrada en escena de George Pérez se convierte en un fenómeno muy relevante: suya es la reescritura del origen de Diana de Themyscira que, entre 1986 y 1987, coincidirá con *Watchmen*, de Alan Moore y Dave Gibbons.

A Moore, por otro lado, lo traerá a colación la autora a propósito de *Promethea*, donde se hermana, sostiene, con William Moulton Marston y con Wonder Woman misma por su «propósito de cambio». Es aquí cuando pensamos en las palabras previas de Robbins, defensora de *Promethea* como lo que Diana pudo ser y no fue, cuando se refiere al cómic de masas como medio susceptible de inspirar a individuos, en el sentido ayraniano del término.

Dentro de lo que fue, y preguntado por McCausland al respecto, el dibujante y guionista Phil Jimenez, que, además de desarrollar la Wonder Woman «más milenarista», escribió *The Essential Wonder Woman Encyclopedia* junto con John Wells, recomienda sus etapas favoritas de la cabecera. Entre ellas la primera de Greg Rucka (2003-2005), interesado especialmente en conceptos como la verdad y la integridad. La periodista madrileña rescata una charla mantenida con la guionista Gail Simone (2008-2010) donde esta apela a la necesidad de restar gravedad a las superheroínas: «es importante que una superheroína tenga fuertes ideales feministas, pero eso no está reñido con que sean personajes que sepan pasárselo bien». Un compromiso a tope con el personaje se deduce, igualmente, del testimonio de Renae De Liz —guionista y dibujante de la muy reciente *La Leyenda de Wonder Woman*, en colaboración con Ray Dillon—, preocupada en aportar un sentido estético que convirtiese a la amazona en la favorita de cualquier lector o lectora, así como en la diversidad física de los personajes. Otra asignatura pendiente en cualquier ficción que se precie, independientemente del medio.

Hacia el final del ensayo, la autora propone un decálogo de aventuras para una serena iniciación en el universo de Wonder Woman, a la que sigue un epílogo donde McCausland advierte, a modo de conclusión crítica, que la fagocitación por parte del mercado del «feminismo» como etiqueta está ahí: es la que lo vacía de significado como movimiento y teoría política democrática en un escenario digitalizado, en el que la pose gana en detrimento del verdadero contenido, de la acción cotidiana de cada mujer, feminista o no. Una vez más, la

---

imperfección de Diana sirve de espejo para reconocer nuestras carencias y para desear que las estructuras cambien desde sus más íntimos cimientos. La tarea es complicada, pero, ¿cuándo no lo fue? El feminismo era, es, sentencia la experta, el superpoder. Puede que el más fascinante que se haya concebido, puesto que está al alcance de nuestros cuerpos mortales.

Natacha Bustos y Carla Berrocal han ilustrado a sus respectivas Dianas, ahondando así en esa diferencia misma que han ido superponiendo aquellos y aquellas que sirvieron con su talento a la princesa amazónica. De todos ellos, quizá sea Rucka uno de los que más amor muestra por Wonder Woman como enemiga del cinismo (¡el consuelo del esnobismo ilustrado!). Realista o esquematizada, pero siempre dinámica, brillantemente coronada, patriótica en sentido planetario, y secundada aquí por un fondo violeta que certifica la perspectiva desde la que la autora escribe. Otro triángulo simbólico que se cierra, a la búsqueda de nuevos —y verdaderos— significados para los retos que las mujeres, como seres humanos que somos, seguimos teniendo por delante.

ISABEL GUERRERO

*Isabel Guerrero (Málaga, 1975). Licenciada en Periodismo y máster en Desarrollos Sociales de la Cultura Artística por la Universidad de Málaga (A Different Kind Of Tension. Discursos artísticos, marginales y musicales en las escenas del punk, fue su TFM). Su Proyecto Fin de Carrera se tituló Los fanzines musicales en España en los años 90. Análisis de un proyecto de comunicación alternativa. Periodista y crítica cultural, copy, escritora y locutora freelance. Ha escrito y colaborado en medios de comunicación de diferentes ámbitos (M80 Radio, El Correo de Málaga, Metrópoli, Radio 3, Canal Sur, Málaga Hoy). En la actualidad firma críticas, artículos y entrevistas en Rockdelux (en las secciones de Cómic, Libros Pop y Libros) y en 952, el blog de La Térmica. Batería-cantante de Esplendor.*